

## Los problemas con el término “terrorismo” dentro del mundo occidental

Agata Pawlowska<sup>1</sup>

Recibido: 29-12-2021 / Aceptado: 16-03-2022

**Resumen.** El objetivo de este artículo consiste en analizar las definiciones del término terrorismo que preponderan en el discurso académico occidental. Este análisis permitirá constatar una intrínseca imposibilidad de formular una definición consensuada de dicho término. A lo largo del texto se defenderán las siguientes tesis: a) Las definiciones analizadas del término describen, de manera general, el modo en que operan las relaciones capitalistas de producción dentro de su actual etapa histórica. b) Dichas definiciones constituyen, en realidad, la proyección de los elementos insostenibles del propio mundo social en el enemigo, puesto que la figura del terrorista islámico es construida como su reflejo. Se sostiene que el dispositivo del “terrorista islámico” responde a la urgencia de estabilizar las relaciones de poder existentes, demostrando las dificultades de las sociedades capitalistas de conservarse sin la figura del enemigo.

**Palabras clave:** violencia; terrorista islámico; islamofobia; fundamentalismo.

### [en] The Problems with the Term Terrorism within the Western World

**Abstract.** This article aims to analyze the definitions of terrorism that prevail in occidental academic discourse. The stated examination shows an intrinsic impossibility of formulating the consensual definition of such a term. The following theses are supported: a) The analyzed definitions of terrorism describe in a general way how capitalist relations of production operate in their current historical stage. b) Such definitions constitute the projection onto the enemy of the unsustainable elements of the social world itself since the figure of the Islamic terrorist is constructed as its reflection. It is argued that the dispositive of “Islamic terrorist” answers the urge for stabilizing the existing power relations displaying the difficulties of capitalist societies to operate without the figure of enemy.

**Keywords:** Violence; Islamic Terrorist; Islamophobia; Fundamentalism.

**Sumario.** 1. Introducción. 2. Problemas con la definición. 3. El debate en torno a la definición de terrorismo. 4. Problemas con la explicación causal. 5. Problemas con el fundamentalismo. 6. La figura del terrorista islámico. 6. El dispositivo del terrorista islámico. 7. Conclusiones. Bibliografía.

**Cómo citar:** Pawlowska, A. (2022). Los problemas con el término “terrorismo” dentro del mundo occidental. *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 25(2), 189-198.

### 1. Introducción

Al revisar las últimas investigaciones sobre las definiciones de terrorismo, por un lado, se puede constatar que dicho término carece de una definición consensuada en los discursos académicos dominantes en Occidente; por el otro, se puede percibir un esfuerzo considerable por establecer esta definición, reflejado en múltiples tentativas de delimitar el significado de este vocablo, divulgadas en numerosas publicaciones académicas<sup>2</sup>.

A pesar de que Kwame Appiah tiene razón al argumentar que la “civilización occidental” en el sentido

estricto de la palabra no existe<sup>3</sup>, debido a la imposibilidad histórica de establecer de manera coherente su origen, el cual pudiera legitimar su delimitación como una entidad cultural y política diferenciada, a lo largo de este artículo entenderemos por “Occidente” un imaginario social<sup>4</sup>, cuyos partícipes, de manera colectiva, están convencidos sobre su propia superioridad frente a otras maneras de habitar el mundo. Este occidentalizado “territorio existencial” es caracterizado por Walter Mignolo como una dimensión dentro de la epistemología dominante que se considera a sí misma superior en cuanto a lo racial (blanquitud<sup>5</sup>), po-

<sup>1</sup> Universidad Panamericana, [apawlowska@up.edu.mx](mailto:apawlowska@up.edu.mx)

<sup>2</sup> Al buscar en Internet la definición del terrorismo, se encontraron cerca de 433,000,000 de resultados; mientras que en el buscador de textos académicos “Google scholar”, se arrojan aproximadamente 1,910,000 resultados que contienen la palabra “terrorism”.

<sup>3</sup> K. A. Appiah, *The Lies that Bind: Rethinking Identity*, Londres, Profile Books, 2019.

<sup>4</sup> Por “imaginario social” entendemos, según la definición proporcionada por Charles Taylor en el libro *Imaginario Sociales Modernos*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 37: la forma en la que un colectivo imagina su realidad social, la cual instituye una concepción colectiva del mundo que posibilita prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad.

<sup>5</sup> Sobre este tema, consulte el texto de Bolívar Echeverría “Imágenes de blanquitud” publicado en el libro *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010.

lítico-económico (democracia liberal y capitalismo), filosófico y científico a todo aquello que denomina como “no-occidental”. En ese sentido, al asumirse a sí mismo como el punto de referencia universal, Occidente sería “la única región que es a la vez parte de la clasificación del mundo y la única perspectiva que tiene el privilegio de contar con las categorías de pensamiento desde las que describe, clasifica, comprende y hace progresar al resto del mundo”<sup>6</sup>.

Una de las cuestiones relevantes que reflejan las disputas argumentativas en torno a la definición de terrorismo es la búsqueda del poder que otorga el hecho de nombrar a los acontecimientos políticamente relevantes. Esto, con la finalidad de incluirlos en las narrativas políticas dominantes que conservan el *statu quo* de las relaciones de poder y se legitiman por la existencia de un enemigo construido como esencialmente ajeno a un “nosotros”.

En este sentido, Pierre Bourdieu observa que las luchas simbólicas por el poder se realizan imponiendo una sola visión legítima del mundo. La aspiración al “monopolio de la nominación legítima”<sup>7</sup>, aunque éste nunca puede ser absoluto, debido a la irreductible pluralidad humana, intenta descartar una diversidad de narraciones alternas, concernientes a los acontecimientos del mundo social que “siempre comportan una parte de indeterminación y de imprecisión y, al mismo tiempo, un cierto grado de elasticidad semántica”<sup>8</sup>. De acuerdo con Bourdieu, el éxito de esta imposición depende del capital simbólico –constituido por la suma del capital económico y cultural, siempre y cuando sea reconocido dentro de una sociedad– de los agentes e instituciones, o bien, en otras palabras: “el poder impartido a aquellos que obtuvieron suficiente reconocimiento para estar en condiciones de imponer el reconocimiento”<sup>9</sup>.

Como aclaración, se consideran pérdidas de antemano estas contiendas ideológicas por imponer una sola y legítima definición del terrorismo, puesto que lo que realmente está en juego es la determinación conceptual de los fenómenos que ellas mismas producen y reproducen discursivamente, aunque ciertamente con un fundamento en la realidad –no se trata tampoco de las construcciones *ex nihilo*<sup>10</sup>, carentes de una base empírica. La ausencia del mencionado “monopolio de la nominación legítima” en torno al terrorismo revela que en esta cuestión entran en juego demasiados intereses de distintos grupos dominantes, tanto en el plano local, como en el global, así como un número excesivo de diversos fenómenos de violencia que se quiere unificar bajo un sólo nombre. Es la contradicción entre dicha imposibilidad de definir el terrorismo y un gran esfuerzo para lograrlo lo que me motiva a escribir este artículo.

## 2. Problemas con la definición

Iniciemos con la constatación empírica que despierta la curiosidad: la existencia de tan numerosos intentos de definir al terrorismo. En *The Routledge Handbook of Terrorism Research*<sup>11</sup>, una de las publicaciones colectivas más completas que sistematiza esta problemática, se pueden encontrar doscientas cincuenta de ellas, acuñadas sólo hasta 2010. Tras varios años de deliberaciones, en el seno de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) tampoco se ha logrado llegar a una definición que goce de aceptación unánime entre sus Estados miembros, pero el debate en torno a la misma continúa: “Hasta ahora, no existe un tratado general de las Naciones Unidas sobre el terrorismo ni una definición internacionalmente vinculante del término «terrorismo»”<sup>12</sup>. A pesar de que el problema de la definición ya es reconocido por algunos investigadores como el “triángulo de las Bermudas”<sup>13</sup>, debido a su constatación de la falta de consenso sobre el tema, se sigue buscando esta definición bajo la justificación de que las implicaciones prácticas, políticas y legales de su ausencia son graves, debido a que resulta cuestionable tomar medidas legales y políticas en contra de lo indefinido.

La definición es considerada, en este contexto, como útil, debido a que las legislaciones sobre terrorismo que siguieron a los atentados del 11-S tienen una influencia relevante sobre nuestras vidas cotidianas: tanto en materia de seguridad y vigilancia, así como en el tema de la libertad de movimiento, manifestación, palabra, derecho a la huelga<sup>14</sup> o confidencialidad de datos personales, por mencionar algunos. La actual ambigüedad en torno a esta definición es considerada como la circunstancia que permite abusos de poder y la descalificación moral de quienes son acusados de haber cometido actos terroristas. Es a la luz de este uso instrumental del término “terrorismo”, empleado para obtener fines políticos particulares, que surge la relevancia de una definición que se sitúe por encima de los intereses políticos.

Considero que, sin duda, la falta de definición consensuada de este término es una herramienta útil para fortalecer las relaciones actuales de dominio. Evidentemente la retórica del terrorismo ya constituye por sí misma un arma política eficaz. Con frecuencia, refiriéndose a la supuesta “amenaza terrorista”, los gobiernos aprovechan el miedo que ellos mismos fomentan a través de los medios de comunicación masiva para fortalecer su poder y someter todavía más a

<sup>6</sup> W. Mignolo, *Desobediencia epistémica, retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2010, p. 60.

<sup>7</sup> P. Bourdieu, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 138.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 136.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 140.

<sup>10</sup> *Idem*.

<sup>11</sup> A. Schmid, *The Routledge Handbook of Terrorism Research*, New York, Routledge, 2011.

<sup>12</sup> ONU, *El Marco Jurídico Universal contra el Terrorismo*, Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, Viena, Naciones Unidas, 2018, p. 1.

<sup>13</sup> A. Schmid, *op. cit.*, p. 42.

<sup>14</sup> Corey Robin hace un recuento de algunos casos de resistencia política en Estados Unidos, como la lucha por los derechos laborales, el movimiento antiglobalistas o a las opiniones críticas de los académicos de la izquierda, en contra de los cuales se empleó la propaganda antiterrorista. Para más sobre este tema, consulte: C. Robin, *Fear. The history of political idea*, New York, Oxford Editorial Press, 2004, pp. 181-191.

los individuos, recurriendo a las estrategias de administración del miedo, para que aquellos permanezcan en su papel de sujetos pasivos, incapaces de resistirse a las relaciones de poder dominantes. Maximiliano Korstanje resume de manera sugerente este punto de vista al afirmar que “todo miedo es principalmente político pues su interés radica en la dominación”<sup>15</sup>.

El afán de definir al terrorismo entra en tensión con el hecho de que éste es una especie de “no-nombre” que funciona en el discurso dominante bajo la forma del “significante vacío”, el cual es, de acuerdo con Ernest Laclau<sup>16</sup>, “un significante sin significado”. Se trata del “reverso” o “falta constitutiva” del mundo occidental que “el sistema demoniza a los efectos de significarse a sí mismo”<sup>17</sup>. En este sentido, se suelen describir los actos de terrorismo islámico en su papel de la “exclusión radical que funda al sistema como tal”<sup>18</sup> como una violencia irracional y oscurantista, la cual amenaza los valores morales más preciados en el mundo occidental: “libertad, tolerancia, prosperidad, pluralismo religioso y sufragio universal”<sup>19</sup>. No obstante, tal violencia, aunque olvidada o invisibilizada, siempre se encuentra en el origen mismo de todas las organizaciones sociales y políticas opresivas construidas por los hombres. En palabras de Hannah Arendt: “en el origen fue el crimen”<sup>20</sup>, y la violencia propia de este crimen subyace y sostiene de manera ininterrumpida a nuestro orden socioeconómico.

Concluyendo, tanta la ausencia de la definición de terrorismo, así como su eventual formulación, constituyen soluciones insatisfactorias a la problemática en cuestión. Por consiguiente, sostengo que resultaría menos perjudicial dejar de utilizar, de manera consciente y deliberada, el término terrorismo, y emplear en su lugar la palabra “violencia”.

### 3. El debate en torno a la definición de terrorismo

A continuación, se resume el debate actual sobre la definición de terrorismo como referente negativo para este trabajo. La pregunta equivocada que guía una gran parte de las investigaciones filosóficas actuales sobre este tema es: *¿Qué es el terrorismo? Por medio de ella se busca definir este fenómeno, diferenciando el nivel descriptivo del valorativo que casi siempre expresa una condena moral.*

Esta interrogación está planteada de manera inadecuada, ya que el problema que aquí nos concierne –así como se explicó anteriormente– no es posible de captar mediante una definición. Esta manera de preguntar fortalece la ilusión estratégica propia de las relaciones de poder sobre la existencia incuestionable de una realidad concreta llamada terrorismo. Se considera que las preguntas que más aportarían a la comprensión de esta

cuestión serían: ¿Por qué, a pesar de muchos intentos, resulta tan difícil definir el terrorismo? ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad para el surgimiento del discurso sobre el terrorismo en este momento histórico? ¿Qué queda silenciado en la narrativa dominante sobre este tema? ¿De qué sirve distinguir los actos de violencia de los actos de violencia terrorista? ¿Quién habla sobre este tipo de violencia y qué lugar ocupa en las relaciones de poder? ¿Qué tipo de sujetos se busca construir mediante el discurso que fomenta el miedo y el terror?

Si bien, existen muchos intentos de definir el terrorismo, hay también cierto consenso mínimo en cuanto a los elementos fundamentales que se toman en cuenta en la mayoría de estas definiciones<sup>21</sup>. Estos componentes que se repiten son los siguientes: violencia, política y estrategia. Por consiguiente, el común denominador más elemental define este fenómeno como “estrategia o táctica que emplea violencia para obtener fines políticos”<sup>22</sup>. No obstante, esta definición no es cognoscitivamente significativa, ya que no permite distinguir los actos de violencia terrorista de aquellos que no lo sean; siendo, por ejemplo, crímenes, rebeliones, protestas o ciertas prácticas comunes dentro del ámbito político y económico. Por otro lado, dentro de la problemática en torno al método terrorista, se busca diferenciar los actos violentos realmente cometidos de las meras amenazas de ejercer tales acciones. En cuanto al tema concerniente a los sujetos que orquestan y ejecutan actos terroristas, se suele distinguir el Estado de las entidades no estatales –grupos paramilitares, movimientos independentistas, organizaciones sociales y políticas, “lobos solitarios”, etc. Cuando se busca delimitar a las posibles víctimas de los atentados, se distingue entre los combatientes y la población civil. De esta forma la controversia, al parecer irresoluble, se centra en atribuir una distinta naturaleza a estas tres variables: el método, los actores y las víctimas.

A continuación, cito la definición que propone Anne Schwenkenbecher en su libro *Terrorism. A Philosophical Enquiry*, como una formulación representativa del discurso académico en cuestión, el cual, con algunas variaciones, se repite en los textos de muchos otros autores<sup>23</sup>: “Terrorismo es una estrategia indirecta de usar el miedo o el terror inducido por medio de los ataques violentos o la fuerza (o la amenaza de usarla) en contra de un grupo de personas (objetivo directo) o su propiedad como medios para intimidar o coaccionar a otro grupo de personas (objetivo indirecto) e influir sobre sus acciones para alcanzar objetivos políticos”<sup>24</sup>.

Esta definición caracteriza al terrorismo como una estrategia que involucra el uso de la violencia para obtener los fines políticos. Schwenkenbecher sostiene que su acercamiento es objetivo e intuitivo, puesto que prescinde de los juicios morales y comprende los eventos que suelen ser narrados de manera paradigmática como atentados terroristas. También es funcional y su utilidad consistiría en permitir hacer una clara distinción entre

<sup>15</sup> M.E. Korstanje, “El miedo político bajo el prisma de Hannah Arendt”, *Revista SAAP*, 8 (1), p.101.

<sup>16</sup> E. Laclau, *Emancipación y diferencia*, Argentina, Ariel, 1996, p. 69.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 74.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>19</sup> C. Robin, *op. cit.*, p. 159.

<sup>20</sup> H. Arendt, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 23.

<sup>21</sup> A. Schmid, *op. cit.*, pp. 99-157.

<sup>22</sup> A. Schwenkenbecher, *Terrorism. A Philosophical Enquiry*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2012, p. 14.

<sup>23</sup> Se pueden consultar las doscientos cincuenta definiciones en: A. Schmid, *op. cit.*

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 2.

los actos terroristas y otros eventos marcados por el uso de la fuerza. Observemos que dicha definición no limita al grupo de las víctimas a la población civil, por lo que no se excluyen a los combatientes. Asimismo, los autores de los atentados calificados como terroristas pueden ser tanto agentes estatales, como entidades no-estatales.

Sin embargo, aun cuando concedamos de manera hipotética, que fuera posible definir al terrorismo, ¿realmente la formulación de Schwenkenbecher –que se eligió con el fin de representar a muchas otras enunciaciones parecidas– conlleva alguna ventaja cognoscitiva significativa? La respuesta es negativa, puesto que sostengo que este tipo de definiciones en realidad describen de manera general el modo en que opera el capitalismo en la actualidad. Lo demuestro de la siguiente manera: al sustituir el término “terrorismo” por algún procedimiento propio de nuestra sociedad como, por ejemplo, acumulación del capital, despojo capitalista, precariedad laboral, etc.; esta definición sigue teniendo sentido. En consecuencia, definiendo la siguiente tesis: lo que sucede con este tipo de definiciones es la proyección de los elementos insostenibles del mundo regido por el modo de producción capitalista al enemigo que es construido como su propio reflejo.

Veamos en carácter de experimento mental cómo quedaría la citada propuesta de Schwenkenbecher reformulada con el término “precariedad laboral”: “es una estrategia indirecta de usar el miedo o el terror inducido por medio de los ataques violentos o la fuerza (o la amenaza de usarla) en contra de un grupo de personas (objetivo directo) o su propiedad como medios para intimidar o coaccionar a otro grupo de personas (objetivo indirecto) e influir sobre sus acciones para alcanzar los objetivos políticos”.

Podemos constatar que esta definición describe correctamente la estrategia de precarización laboral, la cual reproduce y fortalece el dominio de una clase social sobre los grupos oprimidos, aumentando la tasa de explotación, y que se emplea con el fin político de perpetuar el régimen sociopolítico existente. Es un método violento, el cual por medio de la reducción de salarios, la contratación irregular (contratos basura), falta de seguridad social y, en general, una desprotección social progresiva, amenaza la posibilidad de satisfacción de las necesidades básicas y hasta la sobrevivencia misma, de una gran cantidad de personas –y lo hace dentro del contexto de abundancia<sup>25</sup> y sobreproducción global. Los perpetradores de esta situación, cuyas acciones en realidad no son autónomas, sino que se encuentran sometidas a la dinámica del valor que se valoriza<sup>26</sup>, pueden ser tanto las entidades no estatales –las grandes empresas

internacionales– como los Estados mismos sujetos a la misma lógica del valor.

Concedamos que la definición de terrorismo siga siendo posible y regresemos con la fórmula de Schwenkenbecher para mostrar otro problema que presenta su propuesta. La autora no excluye a los actores estatales como posibles ejecutores de los actos terroristas, debido a que el hecho de excluirlos podría resultar en una manipulación por medio de la cual los Estados que violentan a sus habitantes serían capaces de protegerse de las acusaciones de terrorismo, por lo que los crímenes que cometen deberían juzgarse legal y moralmente distintos. No obstante, Brigitte Nacos, observa que la letalidad del régimen de terror durante el gobierno nacionalsocialista en Alemania excedió a los actos que hoy en día podemos concebir como terroristas<sup>27</sup>, por lo que abrir la posibilidad de calificarlos como tales resultaría en una percepción equivocada de estos sucesos. Desde esta perspectiva, la definición de terrorismo vuelve a ser inoperante, ya que tendría que abarcar las prácticas propias del colonialismo, nazismo y estalinismo y, a la vez, los atentados de 11-S, por ejemplo. El hecho de clasificar bajo una misma categoría sucesos tan distintos provoca la pérdida de su poder de explicación y no aporta lo suficiente a la comprensión de estos fenómenos. Por otro lado, el excluir a los agentes estatales constituiría una decisión arbitraria, lo que nos vuelve a mostrar las serias deficiencias cognitivas presentes en mencionados esfuerzos de definición.

#### 4. Problemas con la explicación causal

Además de buscar la definición de terrorismo, algunos académicos se centran, también sin éxito, en entender las motivaciones de los terroristas y las causas de los atentados. Considero que este fracaso igualmente se puede comprender por la manera equivocada de plantear el problema. Ya se mencionó, que tanto el término “terrorismo” como el de “terrorista”, circulan dentro del discurso en carácter de categorías que se pueden describir como significados vacíos, cuyo contenido es cambiante, por lo que no existe un perfil específico del sujeto que comete los actos violentos así calificados. El fracaso en la búsqueda de las causas del terrorismo y de las motivaciones de los terroristas demuestra –desde otra perspectiva– la tesis que se sostiene; a saber, que las categorías de terrorismo islámico y de terrorista islámico son producto de la estrategia discursiva del poder dominante que homogenizan y unifican ciertos actos violentos para alcanzar fines políticos, económicos y sociales.

Una de las tendencias del mencionado tipo de estudios sobre terrorismo es considerarlo un fenómeno que sobrepasa la racionalidad humana, siendo una muestra de la locura y del nihilismo, propio del campo de la psicopatología<sup>28</sup>. Walter Laqueur percibe que, desde el momento en que el terrorismo anarquista se convirtió

<sup>25</sup> Bolívar Echeverría enfatiza la relevancia para la economía capitalista de la incesante creación de la escasez artificial, dentro del estado de abundancia, para la reproducción de su condición de existencia. Cf.: B. Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, México, Alacén Bolsillo, 2018, p. 16.

<sup>26</sup> Recordemos que, según el análisis de Karl Marx en *El capital*, t. I/ vol. I, libro primero, México, Siglo XXI Editores, 2001, p. 188, en el mundo regido por las relaciones capitalistas de producción, todos los aspectos de la vida humana quedan subordinados al movimiento del valor cuyo objetivo consiste en incrementar su valía –valorizarse, por lo que vida de las personas de todos los estratos sociales queda sujeta a la circulación del dinero o capital.

<sup>27</sup> B. Nacos, *Mass-mediated terrorism. Mainstream and digital media in terrorism and counterterrorism*, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 2016, p. 34.

<sup>28</sup> P. Neumann y M. Smith, *The strategy of terrorism. How it works, and why it fails*, New York, Routledge, 2008, p. 12.

en la preocupación de los políticos europeos a finales del siglo XIX, los observadores de los ataques terroristas los interpretaban en la clave de la locura o psicopatología. El criminólogo Lombroso ideó una relación causal entre la carencia vitamínica y el terrorismo. Además, se sospechó el vínculo entre el terrorismo anarquista y la presión barométrica, las fases de la luna, el alcoholismo, la sequía y las medidas del cráneo<sup>29</sup>.

En marzo de 2005, más de doscientos académicos, especialistas en nuestro tema, se reunieron en Madrid<sup>30</sup>, para tratar de entender las causas del terrorismo islámico; sin embargo, no lograron ofrecer ninguna explicación sustantiva. Las posibles causas de los atentados en cuestión fueron divididas en cinco categorías: psicológicas, políticas, económicas, religiosas y culturales. La primera reúne las posibles razones psicológicas que llevan a los sujetos a cometer atentados terroristas. De acuerdo con los especialistas, entre estas razones, el papel principal lo juegan los sentimientos de alineación, enajenación y frustración que se traducen en las actitudes y acciones agresivas, así como la voluntad de poder y la cultura islámica que supuestamente enaltece el martirio. En cuanto a las causas políticas, se mencionan las siguientes: el descontento político generalizado; el impacto de las ideologías asociadas con el nacionalismo; la revolución o la religión; el proceso de globalización; vida dentro de una sociedad fragmentada y conflictiva, el régimen democrático poco consolidado y la desilusión sobre la posibilidad de realizar los cambios políticos por vía pacífica. Entre los motivos económicos se establece que el terrorismo es más probable en las sociedades que han sido objeto de una modernización rápida con niveles altos de desempleo, pobreza, marginalización y desigualdad. En lo que concierne a la religión, se considera que sus interpretaciones fundamentalistas pueden legitimar y movilizar los reclamos políticos y económicos violentos. Por último, dentro de la quinta categoría se menciona el sentimiento de la humillación cultural como explicación del uso de la violencia terrorista<sup>31</sup>.

Dichos resultados confirman la *útil inutilidad* de este tipo de estudios en las investigaciones sobre nuestro tema. “Útil” para preservar las apariencias sobre la necesidad de este tipo de análisis y para perpetuar las relaciones de poder existentes, pero “inútil” para comprender mejor nuestra actualidad. Lo que en realidad se concluye en el analizado estudio es que *todos los habitantes del planeta podrían cometer actos terroristas*, puesto que básicamente la totalidad de la población mundial experimenta las circunstancias consideradas como sus detonantes. Si bien este tipo de reflexión no logra alcanzar lo que se está buscando: comprender los motivos de los que realizan los atentados para poder detener a los presuntos terroristas, sí consigue, sin proponérselo, mostrarnos un

aspecto relevante de nuestra realidad: la violencia propia del sistema socioeconómico actual genera condiciones donde a veces y para algunos la (contra-)violencia se convierte en una manera de vida posible<sup>32</sup>.

## 5. Problemas con el fundamentalismo

En los discursos occidentales, se suele describir al terrorista islámico como un fundamentalista que se radicaliza mediante su afiliación a las organizaciones islamistas antes de cometer los atentados. En este apartado se analiza la contraparte: el fundamentalismo eurocéntrico con el fin de posibilitar una mirada más crítica sobre el “fundamentalismo islámico”.

Fundamentalismo es un término de origen religioso perteneciente al evangelismo de Estados Unidos, acuñado por el pastor bautista Curtis Lee Laws en los años veinte del siglo pasado y cuya connotación inicial era positiva. Los fundamentalistas protestantes, en respuesta a la secularización moderna, apelaban el regreso a los fundamentos de la fe y defendían la inerrancia de la Biblia, así como su interpretación literal<sup>33</sup>.

Es posible caracterizar el eurocentrismo como fundamentalismo en al menos dos sentidos. El primero lo propone Ramón Grosfoguel en el texto *Racismo epistémico, islamofobia epistémica y ciencias sociales coloniales*. El autor considera que, si entendemos por fundamentalismo aquella perspectiva discursiva que presupone la superioridad de su cosmología y su epistemología frente a todas las demás, entonces el eurocentrismo es el fundamentalismo más extendido del mundo actual<sup>34</sup>. En contraparte, el fenómeno del fundamentalismo islámico que se expresaría mediante los atentados terroristas –narrados con tanta profusión por lo que Mohmud Eid denomina *terroredia*<sup>35</sup> para dar cuenta de una relación simbiótica entre los medios y el terror– sería una mera sombra o proyección del fundamentalismo eurocéntrico sobre la figura del enemigo, insertado en el propio imaginario social. A comparación con el poder y la violencia que se sigue ejerciendo en nombre del eurocentrismo, los sucesos designados como atentados terroristas perpetrados por fundamentalistas islámicos pueden ser considerados de mucho menor impacto.

En el segundo sentido, el fundamentalismo eurocéntrico consiste en una interpelación acrítica a algunos míticos fundamentos europeos, a la identidad “verdaderamente occidental”<sup>36</sup>. Estos supuestos fundamentos de Europa son denominados valores universales

<sup>29</sup> W. Laqueur, *Una historia del terrorismo*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 192.

<sup>30</sup> En el marco de la Conferencia sobre Transición y Consolidación Democráticas, celebrada en el Club de Madrid, una organización constituida en el año 2002 que reúne a los académicos y a los ex jefes de más de 100 Estados con el fin de debatir temas concernientes al fortalecimiento de las instituciones democráticas. Página web: <http://www.clubmadrid.org/>

<sup>31</sup> A. Schmid, *op. cit.*, pp. 272-275.

<sup>32</sup> Sobre este tema, Judith Butler nos invita a reflexionar lo siguiente: “¿De qué modo la violencia radical se vuelve una opción, cómo es que para algunos se presenta como la única opción viable, bajo ciertas condiciones globales?” en: J. Butler, *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 40.

<sup>33</sup> M. Mamdani, *Good Muslim, Bad Muslim. America, the Cold War, and the Roots of Terror*, Nueva York, Three Leaves Press, 2004.

<sup>34</sup> R. Grosfoguel, “Racismo epistémico, islamofobia epistémica y ciencias sociales coloniales”, *Tabula Rasa*, No.14, 2011, p. 346.

<sup>35</sup> M. Eid, “Terroredia: Exchanging Terrorism Oxygen for Media Airwaves”, en Eid, M (ed.), *Exchanging Terrorism Oxygen for Media Airwaves: the Age of Terroredia*, Hershey, IGI Global, 2014, p. 3.

<sup>36</sup> M. Mamdani, *op. cit.*

que justifican una supuesta superioridad ética frente a otras regiones. Esta visión implica también una ontología esencialista respecto a la identidad, en cuanto se postula la creencia de que existe la esencia de lo europeo. Los fundamentalistas europeos invocan el regreso a los orígenes de Europa, y su defensa frente a los que son percibidos como ajenos y cuya otredad amenaza sus propios valores.

El ofensivo libro antimusulmán de Oriana Fallaci, *La rabia y el orgullo* es una expresión emblemática del fundamentalismo eurocéntrico entendido como una interpelación *quasi-religiosa* al retorno a las bases de la cultura europea y su defensa frente a los extranjeros. Fallaci expresa una equivalencia entre los musulmanes y los terroristas al escribir que “las mezquitas están llenas de terroristas o futuros terroristas”<sup>37</sup>, y quienes en realidad son “los nuevos nazi-fascistas de la tierra”<sup>38</sup>. La misma autora pide que se reconozca su panfleto como un *sermón* dirigido a los europeos para que éstos abran los ojos frente a la amenaza islámica<sup>39</sup>. El libro de Fallaci se convirtió en un *bestseller* traducido a varios idiomas, así que su gran popularidad entre los lectores occidentales nos revela la precisión con la que la autora logra expresar el fundamentalismo eurocéntrico mediante una narración xenófoba y emocional sobre el islam y los musulmanes.

Fallaci, impulsada por el “imperativo categórico”<sup>40</sup>, busca defender la cultura occidental, y narra la “invasión islámica”<sup>41</sup> de las “hordas”<sup>42</sup> de musulmanes a Europa, cuyo fin principal constituye la destrucción de los valores occidentales. Asimismo, deshumaniza a los migrantes musulmanes al describirlos como “enemigos de nuestra civilización” y compararlos con los animales, por ejemplo, con los ratones que se multiplican de manera exorbitante<sup>43</sup>.

Uno de los principales peligros que percibe Fallaci es la amenaza demográfica: el islam pronto será la religión de la mayoría de los habitantes de Europa, debido a la supuesta alta tasa de nacimientos entre la población en cuestión. La preocupación que se hace visible en este tipo de argumentos consiste en la consigna sobre el cuidado biopolítico de la pureza del cuerpo colectivo de los europeos, mismo que hay que proteger de los elementos ajenos. Debido al gran éxito del *sermón* de Fallaci, podemos interpretarlo como expresión del espíritu de la época en cuanto a una defensa fundamentalista de Europa frente a los musulmanes que se convirtieron en sus figuras de otredad, inferioridad y exclusión.

En cuanto a las narraciones fundamentalistas que se originaron en Estados Unidos, destaca el discurso euro-norteamericano de Samuel Huntington. Su famosa teoría del choque de civilizaciones fue primero publicada en un artículo de la revista *Foreign Affairs*

y posteriormente convertida en el libro: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. El eje central de la narrativa de Huntington consiste en la fijación de las identidades culturales como fuentes del conflicto entre las civilizaciones, entendidas estas como “entidades culturales definidas por el lenguaje, historia, religión, costumbres, instituciones, así como por la subjetiva autoidentificación de las personas”<sup>44</sup>. Según Huntington, las cuestiones culturales, dejando a un lado las políticas y económicas, dan cuenta de los conflictos actuales y futuros, los cuales se desarrollarán en las fronteras entre las civilizaciones divididas por la “cortina de terciopelo de la cultura”<sup>45</sup>. El área considerada como más conflictiva y a la que dedica más atención es la civilización del islam con sus “terroristas árabes e islámicos”<sup>46</sup>. Una de sus tesis centrales sostiene que los musulmanes son por naturaleza proclives a la violencia, lo que pone de manifiesto en su célebre frase: “Las fronteras del islam están teñidas de sangre”<sup>47</sup>.

La imagen simplificada y abstracta que ofrece Huntington de mil millones de musulmanes esparcidos por los cinco continentes con distintos idiomas, tradiciones e historias es un reduccionismo insostenible desde el punto de vista crítico. El autor estadounidense describe a las civilizaciones como bloques ahistóricos, esencializados y homogéneos, resistentes al cambio desde el interior, así como inmunes a la transformación proveniente de las influencias externas. La teoría del choque de civilizaciones define a las culturas como totalidades estructuralmente antagónicas entre sí, herméticas, fijas e internamente coherentes. Huntington indica las causas de la supuesta crisis de la cultura occidental en el alejamiento de sus fundamentos “auténticos” contruidos por los valores cristianos. Por consiguiente, el remedio se encuentra en el regreso a los fundamentos de la fe para reconstruir la identidad occidental.

## 6. La figura del terrorista islámico

Se empezará este apartado con un breve resumen de las ideas sobre la violencia terrorista, propuestas por David Rapoport. Este autor sistematiza diferentes maneras de comprender el terrorismo mediante un análisis comparativo y propone un conocido modelo histórico denominado “la teoría de las cuatro olas”<sup>48</sup>. Su contribución consiste en abordar el tema en cuestión como un fenómeno que se expande y contrae de manera cíclica y dinámica, en un periodo aproximado de 40 años. La primera oleada hace referencia a la violencia anarquista presente en Europa entre los años 1870 y 1920. Esta etapa inició en Rusia con la organización revo-

<sup>37</sup> O. Fallaci, *La rabia y el orgullo*, España, La esfera de libros, 2002, p. 31.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 38.

<sup>39</sup> *Idem*.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 182.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 128.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 136.

<sup>44</sup> S. Huntington, “The clash of civilizations?”, *Foreign Affairs*, Vol. 72, No. 3, 1993, pp. 23-24.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>46</sup> *Idem*.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p.35.

<sup>48</sup> D. Rapoport, “The Four Waves of Modern Terrorism”, A.K. Cronin y J.M. Ludes, (comp.), *Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy*, Washington DC, Georgetown University Press, 2004.

lucionaria llamada *Naródnaya Volia*<sup>49</sup>, pero influencia se extendió a Europa Occidental y a Estados Unidos, país donde Leon Czołgosz<sup>50</sup>, asesinó al presidente estadounidense William McKinley, en 1901. Después del atentado, el presidente Theodore Roosevelt —cien años antes de que lo hiciera George W. Bush—, convocó una cruzada en contra de la amenaza representada por el terrorismo.

Rapoport coloca la prevalencia de la segunda oleada del terrorismo, que denomina como nacionalista, entre los años 1920 y 1960. El autor ubica el inicio de esta etapa con los postulados del Tratado de Versalles, los cuales reconocieron el principio de autodeterminación de los pueblos. La consecuente deslegitimización del orden imperial y colonial suscitó la esperanza de liberación nacional, y las organizaciones terroristas atentaron, usando estrategias de guerrilla, en contra de las fuerzas policíacas y militares de los imperios que dominaban a sus pueblos.

En la primera oleada anarquista, los rebeldes todavía se autodenominaban terroristas, pero para la segunda lo dejaron de hacer, puesto que empezaron a resonar con mucha fuerza las connotaciones negativas del término, lo que perjudicaba su imagen e impedía ganar el apoyo popular. Una gran parte de los autodenominados *luchadores por la libertad* dejaron sus batallas nacionalistas cuando los procesos de liberación nacional tuvieron éxito en África, Asia y Medio Oriente. Sin embargo, hubo excepciones; es el caso de los grupos *Euskadi Ta Askatasuna* (ETA) y el Ejército Republicano Irlandés (IRA), los cuales no lograron sus objetivos políticos independentistas. Con todo, siguieron luchando y terminaron por asumir las características propias de la siguiente oleada que Rapoport denomina “Nueva Izquierda”.

Esta tercera etapa comenzó en los años sesenta del siglo XX como respuesta a los crímenes cometidos por el ejército estadounidense durante la guerra de Vietnam, los cuales despertaron actitudes antiestadounidenses en varios países del mundo. Los secuestros de aviones y tomas de rehenes constituyeron las estrategias distintivas de esta oleada. El ethos revolucionario, propio de la primera fase anarquista, reapareció inspirando a las organizaciones como *Weather Underground* en Estados Unidos; RAF —banda Baader-Meinhof— en Alemania o Brigadas Rojas en Italia. En los casos de IRA y ETA, el fin separatista fue complementado por el potencial del ideario propio del mito revolucionario.

Rapoport argumenta que con la revolución iraní de 1979 y la posterior desintegración de la Unión Soviética en 1991, el terrorismo entró en la cuarta oleada que seguirá vigente hasta nuestros días. Esta etapa se distingue de las anteriores por la prevalencia de la justificación religiosa (islam) de los actos de terror, mientras que su método paradigmático consiste en atentados suicidas. La teoría que elabora Rapoport nos resulta

útil para evidenciar la narración generalizada sobre el terrorismo que prevalece en el mundo occidental en los inicios del siglo XXI y expresar las intuiciones básicas y opiniones hegemónicas existentes en torno a este tema. El terrorista islámico se construyó como una de las figuras centrales del discurso político actual, marcado por una las actitudes islamófobas.

La islamofobia, además del odio, la hostilidad o el “temor hacia el islam, los musulmanes y todo lo relacionado con ellos”<sup>51</sup>, hace referencia a un conjunto de estrategias de poder que crean un fuerte antagonismo entre “nosotros” y “ellos/otros”, con el fin de instituir o estabilizar las relaciones de dominio existentes, construir subjetividades y salvaguardar las jerarquías dentro del grupo propio<sup>52</sup>. Korstanje argumenta que en el predominante imaginario social, los musulmanes son considerados como aquellos que tácitamente apoyan las causas terroristas, lo que sería ocasionados por las supuestas actitudes antioccidentales propias de islam<sup>53</sup>. Por ello, las comunidades musulmanas suelen ser vistas como el antiguo caballo de Troya<sup>54</sup>, cuya presencia amenaza con destruir el orden democrático existente.

A diferencia de distintos fenómenos de violencia de índole terrorista que tuvieron lugar anteriormente en la historia moderna, lo distintivo de sus formas actuales es que quedan en el imaginario occidental como estrechamente vinculadas y promovidas por convicciones religiosas, consideradas en Occidente como constitutivas del islam. En particular, se trata aquí del concepto *jihād*, traducido erróneamente como “guerra santa”, de donde se deriva el término *jihadista*, empleado como sinónimo de terrorista islámico. Aunque la palabra *jihād* se utiliza en distintos sentidos, su significado originario es complejo: se refiere a la idea de lucha interior, empeño o esfuerzo moral y espiritual, para perseverar en el camino de Dios<sup>55</sup>. Solamente en un segundo lugar y como último recurso, este concepto hace referencia al conflicto armado defensivo. No obstante, el acostumbrado prejuicio occidental de concebir el islam como religión beligerante resulta en la equívoca y reduccionista comprensión del *jihād* como guerra emprendida estrictamente por razones de índole religioso para imponer la fe musulmana<sup>56</sup>.

Por lo anterior, puede decirse que, dentro del contexto político actual, el empleo estratégico del término *jihād* se realiza con el fin de desacreditar cualquier atisbo que pudiera sugerir que los atentados en cuestión se realizan con miras a remediar algunas injusticias o de perseguir alguna idea de bien, y que pudieran tener

<sup>49</sup> Organización revolucionaria rusa formada en el año 1879, con el fin de abolir el gobierno del zar Alejandro II.

<sup>50</sup> R. Jansen, “The United States, International Policing and the War against Anarchist Terrorism, 1900–1914”, *Terrorism and Political Violence*, Vol. 13, No. 1, primavera, 2001, pp. 15-46.

<sup>51</sup> G. Martín Muñoz, R. Grosfoguel, *Islamofobia a debate. La genealogía del miedo al islam y la construcción de los discursos antiislámicos*, Madrid, Casa Árabe-IEAM 2012, p. 35.

<sup>52</sup> M. Bobako, *Islamofobia jako technologia władzy. Studium z antropologii politycznej*, Kraków, Universitas, 2018, p. 16.

<sup>53</sup> M. Korstanje, *The challenges of democracy in the war on terror: The liberal state before the advance of terrorism*, Nueva York, Routledge, 2019, p. 130.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>55</sup> B. Lewis, *La crisis del Islam. Guerra santa y terrorismo*, Barcelona, Ediciones B, S.A., 2003, p. 51.

<sup>56</sup> A. Signoret, “El concepto de Jihād en la tradición de la guerra justa”, *Estudios de Asia y África*, vol. 38, no.1, 2003, p. 37.

cierto parecido con lo que en la tradición occidental se entiende por “guerra justa”. Por el contrario, reducir la práctica de *jihad* a la “guerra santa”, la delega al imaginario de lo premoderno e irracional.

El imaginario del terrorista islámico permite que las expresiones de islamofobia emerjan en la esfera pública sin los filtros impuestos por lo políticamente correcto, ya que la posibilidad de reducir a la población árabe-musulmana en su totalidad a una imaginada esencia común que se traduce en su latente disposición de convertirse en terroristas, legitima un discurso de odio y desprecio dirigido hacia todo aquello vinculado con el islam.

## 6. El dispositivo del terrorista islámico

La categoría del dispositivo que introduce Michel Foucault resulta de gran utilidad para comprender la figura del terrorista islámico. Para Foucault, el dispositivo es una red conformada por elementos heterogéneos que abarcan tanto lo dicho como lo no dicho: los discursos, la arquitectura, las instituciones, las leyes, las teorías filosóficas, etc.<sup>57</sup>. El dispositivo ocupa una posición estratégica dominante, puesto que suele responder a una situación de urgencia<sup>58</sup>. Giorgio Agamben concibe el dispositivo foucaultiano como “la disposición de una serie de prácticas y de mecanismos (conjuntamente lingüísticos y no lingüísticos, jurídicos, técnicos y militares) con el objetivo de hacer frente a una urgencia y de conseguir un efecto”<sup>59</sup>.

En este sentido, se sostiene que el terrorista islámico es un dispositivo que responde a la imposibilidad de una sociedad regida por las relaciones capitalistas de producción de sobrevivir sin la figura del enemigo. De acuerdo con Foucault, un acontecimiento histórico es contestado por la emergencia del dispositivo. En el caso del terrorismo, se trata de la caída de la Cortina de Hierro y los atentados del 11-S que establecen las condiciones de posibilidad para que el imaginario del árabe-musulmán ocupe el lugar del enemigo que en el pasado fue atribuido al régimen soviético. Cabe destacar, que otros personajes pudieron cumplir ese rol, como los jefes de cárteles del narcotráfico (Pablo Escobar), o los señores de la guerra de los llamados “Estados canallas” –*rogue states*–, como Saddam Husein en Irak. No obstante, el tiempo demostró que tales figuras no contaron con la fuerza simbólica suficiente para constituirse en enemigos de envergadura<sup>60</sup>. Resultó que

sólo los atentados del 11-S proporcionaron suficiente material para que la imaginación occidental formara la imagen del terrorista islámico y de la red invisible de al-Qaida.

En torno a la figura del terrorista islámico se articula una red de prácticas discursivas e institucionales que estabilizan las relaciones de poder existentes y configuran las subjetividades dentro de su campo de funcionalidad. Se trata de iniciativas jurídicas que priorizan el tema de protección y legitiman las medidas extremas de seguridad como la introducción del estado de emergencia, convirtiendo a los sujetos rebeldes o colectivos resistentes en potenciales terroristas, para ser capaces de desarmar su poder subversivo<sup>61</sup>. Las narrativas culturales sobre el choque de civilizaciones invisibilizan el trasfondo económico y político de los conflictos globales, por lo que los sujetos quedan desorientados sin poder dirigir su descontento hacia su causa real: la explotación constitutiva del capitalismo. La codificación de las insostenibles injusticias económicas en clave cultural canaliza las energías que podrían ser usadas para resistir y transformar el sistema capitalista hacia los enemigos en turno –árabes-musulmanes como terroristas latentes<sup>62</sup>.

En el artículo *The making of friends and enemies*, Green y Bogard distinguen cinco factores estratégicos que posibilitan la transformación de ciertos grupos ajenos en enemigos: la oportunidad histórica, la credibilidad empírica, la debilidad de las interpretaciones alternativas, la prominencia de los que imponen la nueva narrativa y la presentación de la audiencia propia en un marco favorable. De esta forma, en el caso de nombrar el terrorismo como enemigo del Occidente, todas estas vertientes parecen cumplirse. La oportunidad histórica se traduce en que el desmantelamiento del bloque soviético deja espacio para un enemigo global, se conjuga con el espectacular ataque del 11-S, cuya credibilidad empírica está reafirmada por el *performance* mediático de las infinitas reproducciones del evento por los medios de comunicación masiva. Los políticos que ocupan los papeles con más influencia en el mundo proponen un marco interpretativo aparentemente nuevo de la situación política global, reorganizándola a partir del *eje del mal*, constituido por los Estados que patrocinan el terrorismo.

<sup>57</sup> M. Foucault describe al dispositivo como “un conjunto resueltamente heterogéneo que compone los discursos, las instituciones, las habilidades arquitectónicas, las decisiones reglamentarias, las leyes, las medidas administrativas, los enunciados científicos, las proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas. En fin, entre lo dicho y lo no dicho, he aquí los elementos del dispositivo. El dispositivo mismo es la red que tendemos entre estos elementos”, “Le jeu de Michel Foucault”, *¿Ornicar ?*, *Bulletin Périodique du champ freudien*, no 10, julio, 1993, p. 63.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>59</sup> G. Agamben, “Qué es un dispositivo”, *Sociológica*, año 26, no. 73, 2011, p. 250.

<sup>60</sup> S. Žizek, “Are we in a war? Do we have an enemy?”, *London Review of Books*, no. 10, 2002, pp. 3-6.

<sup>61</sup> C. Robin, *op. cit.*, p. 189: “varios agentes de seguridad, actuando en el nombre de la seguridad nacional, han aprovechado su poder coercitivo para dirigirlo en contra de lo disidentes quienes en realidad no representan ninguna amenaza terrorista. Oficiales de la FBI y de los departamentos de la policía local han tomado, de manera repetitiva, las declaraciones de oposición a la política exterior de Estados Unidos y a la administración de Bush como señales de posibles inclinaciones terroristas, dejando a los individuos sujetos a la investigación con el miedo por ser vigilados y perseguidos por sus convicciones”.

<sup>62</sup> Arlie Hochschild explica que el descontento social no se suele articular en contra del capitalismo, sino que es canalizados, por ejemplo, hacia los migrantes, quienes son señalados como los responsables de las tensiones sociales y económicas, y representados como una grave amenaza a la estabilidad del orden existente, a menudo bajo la figura del terrorista islámico. Cf. A.R. Hochschild, *Extraños en su propia tierra. Réquiem por la derecha estadounidense*, España, Capitán Swing, 2020.



Sin embargo, las reminiscencias de las viejas narraciones orientalistas<sup>63</sup> y anticomunistas resuenan en el actual discurso sobre el terrorismo y favorecen su asimilación gracias a su familiaridad. Asimismo, el grupo al que está dirigido este relato se presenta en un marco sumamente favorable como bueno, civilizado y racional frente al terrorista malo, bárbaro e irracional. Por último, las interpretaciones alternativas al discurso de terrorismo islamista para explicar lo ocurrido en el 11-S han sido escasas.

El terrorismo es hoy un “no-nombre” que se oculta y se revela a la vez. Revela el afán de la civilización occidental por reconstruir o afianzar su identidad mediante el binomio amigo-enemigo, reafirmando su superioridad moral. Una de las estrategias comunes de los grupos dominantes es usar un discurso persuasivo para posicionar la imagen del enemigo y así reformular la imagen propia en torno a ciertos valores. El discurso persuasivo para ser exitoso tiene que ser sencillo y tomar una postura clara sobre el asunto en cuestión<sup>64</sup>, por lo que el terrorismo ha de ser presentado como algo carente de complejidad y ambigüedades. Los actores sociales relevantes asocian ciertos eventos y personas con su interpretación simplificada, cargada de emociones fáciles de evocar. Los mensajes dirigidos hacia su audiencia de manera repetitiva tipifican a ciertos eventos como terroristas y los vinculan con la carga emocional negativa.

La creación imaginaria del enemigo terrorista configura la identidad de los habitantes de Occidente. Paradójicamente, la figura del “gran enemigo” consuela a los occidentales<sup>65</sup> cuando estos se angustian al creer que se enfrentan al “fin de la historia”, un mundo carente de las dicotomías constitutivas de la identidad como amigo-enemigo. El lugar del enemigo de Occidente que parecía vacío después de la caída del comunismo fue ocupado por el “espectro del terrorista”, una figura familiarizada por los viejos relatos orientalistas, que otra vez convierte el mundo en un hábitat familiar y comprensible, mientras que nos refleja una imagen de nosotros como buenos y civilizados. Sin embargo, como menciona Sigmund Freud, “lo que repugna como extraño solo es demasiado familiar”<sup>66</sup>.

## 7. Conclusiones

Se concluye que las definiciones de terrorismo en general, y del terrorismo islámico en particular, resultan

difíciles, si no imposibles de acuñar, debido a tres razones. En primer lugar, dentro de los discursos políticos dominantes, este término desempeña el papel de un comodín “espectral”, el cual se caracteriza por una constitutiva carencia de significado delimitable. Por ello, se trata de una especie de “no-nombre” que es empleado de manera arbitraria por aquellos grupos que ostentan el poder para descalificar moralmente a un colectivo designado como enemigo, cuyos actos violentos no difieren en lo esencial de la violencia que experimentamos de manera cotidiana en las sociedades constituidas por las relaciones capitalistas de producción.

En segundo lugar, las definiciones que se intentan formular en los discursos académicos predominantes no resultan ser cognoscitivamente significantes, ya que no permiten distinguir los actos de violencia terrorista de aquellos que no lo son; asimismo, abren la posibilidad de confundir acontecimientos de una naturaleza muy diferente, como los genocidios, con actos designados como terroristas. Se comprueba la insuficiencia de estas definiciones al sustituir en una formulación paradigmática de ellas, el *definiendum*, por uno de los mecanismos propios de las sociedades en cuestión –precariedad laboral–, mediante lo cual se obtuvo una caracterización pertinente del fenómeno en cuestión. Por consiguiente, se concluye, a su vez, que este tipo de definiciones constituye una proyección de los elementos insostenibles de las sociedades capitalistas al enemigo, el cual es constituido como su propio reflejo.

En tercer lugar, un abanico de diferentes actos de violencia, a los cuales se quiere abarcar con dicha definición, imposibilita a las instituciones internacionales, como la ONU, formular una definición consensuada, lo que además demuestra que en este proceso entran en juego demasiados intereses de actores estatales y ningún grupo de poder está siendo capaz de imponerse sobre los demás.

El dispositivo propio de la figura del terrorista, y más específicamente del terrorista islámico, resulta fundamental para estabilizar y mantener las relaciones de poder existentes, demostrando la imposibilidad de las sociedades capitalistas de conservarse sin la figura del enemigo, el cual se ausenta después de la caída de la Cortina de Hierro y la desaparición del antagonismo entre el bloque capitalista y el comunista. Cuando el puesto del enemigo quedó vacante, los ataques del 11-S llegaron como “un regalo caído de cielo” para seguir interpretando el mundo según las acostumbradas categorías “amigo-enemigo”, aprovechando el familiar e islamófobo discurso orientalista.

Además, este tipo de discursos y estrategias políticas posibilitan la criminalización de los actos de rebelión o de resistencia al poder, acusando a sus perpetradores de ser terroristas, con lo que se expresa una radical condena moral y descalificación política. Asimismo, los integrantes de los colectivos que ejercen resistencia al poder pueden ser vigilados y penalizados con más facilidad y con respaldo legal –en el marco de la legitimación de las políticas de seguridad como parte de la lucha contra el terrorismo.

<sup>63</sup> E. Said, *Orientalismo*, México, Penguin Random House, 2016.

<sup>64</sup> D. M. Green y C. J. Bogard, “The Making of Friends and Enemies: Assessing the Determinants of International Identity Construction”, *Democracy and Security*, vol. 8, no.3, 2012, pp. 277-314.

<sup>65</sup> Umberto Eco escribe al respecto: “Véase qué le sucedió a Estados Unidos cuando desapareció el imperio del mal y se disolvió el gran enemigo soviético. Peligraba su identidad hasta que Bin Laden, acordándose de los beneficios recibidos cuando lo ayudaban contra la Unión Soviética, tendió hacia Estados Unidos su mano misericordiosa y le proporcionó a Bush la ocasión de crear nuevos enemigos reforzando el sentimiento de identidad nacional y su poder” en U. Eco, *Construir al enemigo*, Barcelona, Lumen 2012, p. 14.

<sup>66</sup> S. Freud, 1968, “Das Unheimliche”, *Gesammelte Werke*, Frankfurt am Main, 1968, vol. XII, p. 254.

## Bibliografía

- Agamben, G., “Qué es un dispositivo”, *Sociológica*, año 26, no. 73, 2011, pp. 249-264.
- Appiah, K. A., *The Lies that Bind: Rethinking Identity*, Londres, Profile Books, 2019.
- Arendt, H., *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- Bobako, M., *Islamofobia jako technologia władzy. Studium z antropologii politycznej*, Kraków, Universitas, 2018.
- Bourdieu, P., *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 2000.
- , *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997.
- Butler, J., *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- ONU, *El Marco Jurídico Universal contra el Terrorismo*, Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, Viena, Naciones Unidas, 2018.
- Echeverría, B., *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 2000.
- , *Las ilusiones de la modernidad*, México, Era, 2018.
- , *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010.
- Eco, U., *Construir al enemigo*, Barcelona, Lumen, 2012.
- Eid, M., “Terroredia: Exchanging Terrorism Oxygen for Media Airwaves”, en Eid, M. (ed.), *Exchanging terrorism oxygen for media airwaves: the age of terroredia*, Hershey, IGI Global, 2014.
- Foucault, M., “Le jeu de Michel Foucault”, *Ornicar?*, *Bulletin Périodique du champ freudien*, no 10, julio, 1977, pp. 62-93.
- Freud, S., “Das Unheimliche”, *Gesammelte Werke*, Frankfurt am Main, 1968, vol. XII.
- Fallaci, O., *La rabia y el orgullo*, España, La esfera de libros, 2002.
- Green, D. M. y Bogard, C. J., “The Making of Friends and Enemies: Assessing the Determinants of International Identity Construction”, *Democracy and Security*, vol. 8, no.3, 2012, pp. 277-314. <https://doi.org/10.1080/17419166.2012.715469>
- Grofoguel, R., “Racismo epistémico, islamofobia epistémica y ciencias sociales coloniales”, *Tabula Rasa*, Bogotá – Colombia, No.14, 2011, pp. 341-355.
- Huntington, S., “The clash of civilizations?”, *Foreign Affairs*, Vol. 72, No. 3, 1993, pp. 22-49.
- Hochschild, A. R., *Extraños en su propia tierra. Réquiem por la derecha estadounidense*, España, Capitán Swing, 2020.
- Jansen, R., “The United States, International Policing and the War against Anarchist Terrorism, 1900-1914”, *Terrorism and Political Violence*, Vol. 13, No. 1, primavera, 2001, pp. 15-46.
- Korstanje, M.E., *The Challenges of Democracy in the War on Terror the Liberal State before the Advance of Terrorism*, Nueva York, Routledge, 2019.
- , “El miedo político bajo el prisma de Hannah Arendt”, *Revista SAAP*, 8 (1), pp. 99-126.
- Lewis, B., *La crisis del Islam. Guerra santa y terrorismo*, Barcelona, Ediciones B, S.A., 2003.
- Laclau, E., *Emancipación y diferencia*, Argentina, Ariel, 1996.
- Laqueur, W., *Una historia del terrorismo*, Barcelona, Paidós, 2003.
- Mamdani, M., *Good Muslim, Bad Muslim. America, the Cold War, and the Roots of Terror*, New York, Three Leaves Press, Doubleday, 2004.
- Martín Muñoz, G. y Grosfoguel, R., *Islamofobia a debate. La genealogía del miedo al islam y la construcción de los discursos antiislámicos*, Madrid, Casa Árabe-IEAM, 2012.
- Marx, K., *El capital*, t. I/vol. I, libro primero, México, Siglo XXI Editores, 2007.
- Mignolo, W., *Desobediencia epistémica, retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*, Buenos Aires, Ediciones del signo, 2010.
- Nacos, B., *Mass-mediated terrorism. Mainstream and digital media in terrorism and counterterrorism*, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers, Inc, 2016.
- Neumann, P. y Smith, M., *The strategy of terrorism. How it works, and why it fails*, New York, Routledge, 2008.
- Rapoport, D., “The Four Waves of Modern Terrorism”, A.K. Cronin y J.M. Ludes, comp., *Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy*, Georgetown University Press, Washington, DC, 2004, pp. 46-73.
- Robin, C., *Fear. The history of political idea*, New York, Oxford University Press, 2004.
- Said, E., *Orientalismo*, México, Penguin Random House, 2016.
- Schmid, A., (ed.) *The Routledge Handbook of Terrorism Research*, New York, Routledge, 2011.
- Spengler, O., *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Madrid, Espasa-Calpe, 2007.
- Schwenkenbecher, A., *Terrorism. A Philosophical Enquiry*, New York, Palgrave Macmillan, 2012.
- Signoret, A., “El concepto de Jihad en la tradición de la guerra justa”, *Estudios de Asia y África*, vol. 38, no.1, 2003, pp. 59-82.
- Taylor, Ch., *Imaginario Sociales Modernos*, Barcelona, Paidós, 2006.
- Zizek, S., “Are we in a war? Do we have an enemy?”, *London Review of Books*, no. 10, 2002, pp. 3-6.